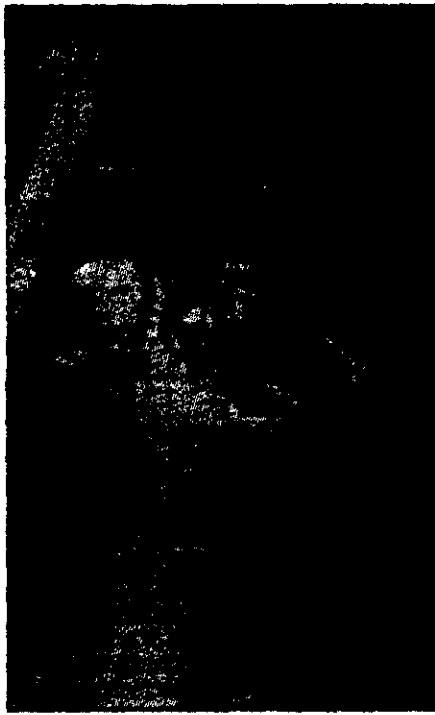


Así que pasen cuatro años



“La experiencia nos ha demostrado cruelmente que la democracia tiene poco de superproducción en technicolor y cinemascopio”

Pero «right» también significa «derecha». Además de la «persona adecuada», Calvo-Sotelo es somáticamente un conservador genuino de difícil identificación con el emocionante carrusel del 15-J. Posiblemente sea, de hecho, esta característica la que le hace conectar con el signo de los tiempos. La semana pasada, los miembros del panel de expertos de la revista «Time», que cada seis meses revisa el horizonte económico europeo, vinieron a señalar, por primera vez tras la crisis energética, importantes signos de recuperación, vinculados a los planteamientos político-económicos de Reagan y la señora Thatcher. ¿Qué efectos tendrá en este contexto la estrategia intervencionista de Mitterrand? De la respuesta a esta pregunta dependerá en buena medida la evolución de la cotización pública de Calvo-Sotelo, ya que si el caso francés demostrara que existe una salida socialista a la crisis económica, Felipe González terminaría de contar con el importante beneficio de la duda.

De momento, hay que reconocer que en nuestro país ha sido la imagen de solidez de Calvo-Sotelo lo que, unido al sentido de la responsabilidad de las fuerzas de izquierdas, ha suscitado el primer brote de optimismo económico del último lustro. ¡Claro que el acuerdo tripartito sobre el paro tiene trampa, tal y como denuncia Ferrer Salat, y que Comisiones y UGT no deberían llevarse los dos mil millones que se embolsan en el envite! Pero, tampoco creo que los empresarios estén demasiado legitimados para quejarse, cuando el Gobierno lleva basando toda su estrategia en crear un clima de confianza para la reactivación del sector privado.

El maniqueísmo de algunos dirigentes empresariales en su crítica al sector «socialdemócrata» instalado en importantes altos cargos, más parece por cierto un intento oportunista de aprovechar el viento favorable para ganar por goleada,

que una queja seriamente fundamentada en iniciativas lesivas a la libertad económica.

Las espectaculares alzas de la Bolsa, unidas a la favorable evolución de otros indicadores han venido a demostrar, como bien apuntaba el otro día José Luis Gutiérrez, que la única espada de Damocles que de verdad pesa sobre nuestras cabezas es el terrorismo etarra con su derivación golpista incluida. En el momento en que la siniestra organización vasca afloja un poco la presa que ha hecho en el cuello de la democracia española, enseguida notamos que el aire llega a los pulmones. Solventado el problema del liderazgo —era imprescindible sustituir a Suárez—, la continuidad de nuestra experiencia constitucional quedará garantizada si se gana la guerra del norte.

Las promesas de Cheysson

Precisamente por eso era ineludible enseñar las uñas al displicente vecino francés. Las promesas de Cheysson abren un cierto compás de espera —ante el que personalmente me siento bastante escéptico— pero no por eso borran la afrenta de las manifestaciones de Mauroy. Hablar de «derechos humanos» y «tierra de asilo» en el caso de Linaza, al que incluso un tribunal francés tilda de «vulgar criminal», es como mínimo una frivolidad estética, construida sobre el más absoluto desprecio a la suerte de nuestra democracia. Mitterrand puede engalanarse de cuantos adornos «gauchistas» desee, pero no a costa de jugar con algo en lo que a nosotros nos va la vida.

El único lenguaje que entienden las naciones poderosas —y Francia desde luego lo es— es el de la firmeza. Sin la rápida reacción de nuestro Gobierno y la enérgica repulsa de buena parte de la prensa, habría resultado inverosímil el planteamiento conciliador realizado por Cheysson en Madrid. Ello hace doblemente penosa, la crítica de algunos intelectuales solventes que, fieles al tradicional masoquismo ibérico, habían comenzado a denunciar la «histeria anti-francesa» y se hallaban a punto de argüir que debíamos agradecer a París su celo en evitar que un ciudadano español quedara en poder de un sistema en el que caben episodios como la muerte de Arregui o el suceso de Almería. El hecho de que los «intereses nacionales» se identificaran en el pasado con los de un régimen totalitario, no puede generar una inercia tan fuerte como para continuar manteniendo una disposición vergonzante cada vez que España es zarandeada en el exterior.

A propósito de la visita de Cheysson, supongo —por último— que los compañeros de «Cambio 16» no dejarán de incluir entre sus «perlas cultivadas» de la próxima semana, la definición que el canciller galo hizo de la OTAN como baluarte «de los valores de la civilización cristiana». Ni siquiera Alfonso Osorio había llegado a tanto. Está claro que podría decirse que hemos asistido a un brote de cinismo del representante de un país que abandonó la organización militar de la Alianza Atlántica hace ya años, pero si no recuerdo mal, habíamos quedado en que el triunfo de los socialistas en Francia viene a suponer un reencuentro de la política con la concepción ética de la vida.

NUNCA más he vuelto a ver a Candela, aquella chica cubana cuya generosa anatomía, cubierta de pegatinas centristas, fue elegida por todos los fotógrafos como símbolo de la victoria electoral. Recuerdo su «sonrisa profíden», su larga melena castaña, cayendo en cascada hasta un bolso plateado, sus manos desplegadas en forma de «uve» y su inagotable «marcha», repicando aquella tonada pachanguera que decía: «Vo-Ta Centro, Vo-Ta Suárez, Vo-Ta Liber-TAAD.»

También estaban Bárbara Rey, Paula Pattier y demás «starlettes» de moda. Junto a ellas, Garrigues, Camuñas, Iñigo Cavero celebraban el triunfo con el desenfado propio de una despedida de soltero o, si se apura el símil, de una fiesta universitaria de Paso del Ecuador. «No comprendo toda esta alegría... No hay razón para la euforia», explicó Garrigues, haciéndose con el micrófono. «Porque según las noticias que acaban de comunicarme hace unos instantes... la UCD «sólo» ha conseguido... ¡el cuarenta por ciento de los votos! Lo cual demuestra que... al final... como era de esperar, hemos ganado... ¡los menos malos!» El champán corría a raudales. Sólo faltaban las serpentinas, el confetti y algún que otro «matasuegras».

Y el ambiente en la sede del PSOE era parecido, con Massiel brindando por la victoria del «padre de su hijo», Carlos Zayas, que había dejado en Teruel sin escaño a Martínez Esteruelas, con Bernat Carlsson, el secretario de la Internacional Socialista, poniéndose ciego de cerveza, con Alfonso Guerra llamándole de todo a Martín Villa y con los militantes gritando hasta quedarse roncos su grito de guerra de entonces: «Oa, oa, oa... Felipe a la Moncloa.»

Carrillo se tomó sus mediocres resultados con filosofía, pues el partido apenas si llevaba tres meses de vida legal y lo importante había sido acudir a la cita con las urnas. Joaquín Ruiz-Giménez echó mano de su inagotable resignación cristiana y el Viejo Profesor se refugió en el subterfugio del «voto de calidad». Fraga puso cara de escolar enfurruñado, arrampló con su caña y se largó enfadadísimo a pescar.

Verdaderamente, ¡qué noche la de aquel día!, con Tarradellas colgado a su teléfono amarillo de Saint Martin le Beau, con parte de la plana mayor de ETA reunida en casa de Tomás Pérez Revilla, con la nación entera pegada al televisor en espera de que terminara aquel maldito telefilm de cinco horas que sirvió para tapar la exasperante lentitud del recuento de votos.

Siguen mandando los del SEU

¿Qué nos queda cuatro años después de toda aquella ilusión colectiva, de todo aquel entusiasmo ante el advenimiento de la libertad? Cada uno a su nivel, todos —la inmensa mayoría al menos— hemos sufrido un hondo desengaño. La experiencia nos ha enseñado cruelmente que la democracia tiene poco de superproducción en technicolor y cinemascopio, que se trata, por el contrario, de un sistema enormemente vulnerable en el que ni siquiera la despensa queda garantizada y que, siendo grande su maleabilidad, a menudo permite la supervivencia en el poder de los mismos perros, revestidos de distintos collares.

Lleva razón Juan Manuel Serrat cuando dice en la entrevista que publicamos hoy que «es tremendo que sigan mandando los mismos dirigentes del SEU a los que creíamos haber derrotado en la Universidad». A uno se le caían los palos del sombrero al contemplar el viernes en el debate de «La clave» cómo Martín Villa se las daba de autonomista progre frente al «españolismo» de Amando de Miguel.

No es que tenga nada contra Martín Villa o contra Rosón, dos hombres que se han dejado la piel a tiras en el Ministerio del Interior, pero no están en cuestión los méritos personales, sino la verosimilitud del sistema. ¿Qué cara habrán puesto los señores de la OIT al ver aterrizar en Ginebra, como ministro de Trabajo de la democracia, al mismo Jesús Sancho Rof que media década atrás les enviaban como representante del verticalismo nacional y de las JONS?

Siendo éstos sus poderes, difícilmente puede la UCD capitalizar el espíritu del 15-J, pues lo que simboliza tal fecha es el ansia de cambio de un pueblo joven dispuesto a romper con el pasado. Al cabo de cuatro años de Gobierno centrista ese anhelo permanece profundamente insatisfecho.

¿Qué se hizo, pues, de la sonrisa renovadora con que los Garrigues, los Ordóñez, los Cavero celebraban su victoria aquella noche de vino y rosas del Hotel Eurobuilding? Lo mejor, lo más vivo y atrayente del centrismo quedó sepultado en una operación de poder por el poder, cuyo estilo aún perdura en el aparato del partido. ¿Cómo va a simbolizar nada medianamente esperanzador y progresista un colectivo que es capaz de transformar a un demócrata de toda la vida, como Antón Cañellas, en torpe inquisidor de disidentes?

Si no fuera por la serenidad y el sentido común de Leopoldo Calvo-Sotelo, la UCD —quiere decir el Movimiento-organización, y no hablo sólo de los azules— ya se habría terminado de cargar la democracia. Calvo-Sotelo es «the right man in the right moment»: el hombre adecuado en el momento adecuado.

Un brote de optimismo económico

Porque no podemos olvidar que, además de la frustración del cambio inacabado, este cuatrienio nos ha legado un desgarrador bagaje de cicatrices purulentas: California 47, las bombas en Barajas, Chamartín y Atocha; los asesinatos de generales; los atentados contra la Guardia Civil y la Policía; la muerte de ciudadanos tan inocentes como aquella gitana, destrozada junto con el hijo que llevaba dentro; la sangre derramada por José Javier Uranga; la humillación del «tejerazo»; el desconcierto del asalto al Banco Central; el secuestro de Javier Rupérez, las horas de quirófano de Gabriel Cisneros... Y esto no es un inventario: sólo unos cabos sueltos al hilo de las propias impresiones.

Con un equipaje así, se precisaba de alguien capaz de devolver a la nación una mínima conciencia de su propia identidad, un sentimiento básico de solidaridad con él que seguir adelante, una elemental percepción de dignidad colectiva para continuar en el camino. Y eso es lo que ha conseguido Calvo-Sotelo en apenas cien días de trabajo honesto y gestos sinceros.